

Te prohibo intentar cualquiera cosa contra tu hermano, y más seriamente te prohibo que sigas meditando acerca de un asunto que no te orillará sino á conclusiones absurdas.

Tu madre

ANARDA.

18 de Mayo de 1857.

Mi querida madre: Queriéndolo ó no, usted me ha herido de muerte. Me prohíbe pensar en un asunto que hoy por hoy constituye mi empleo único, y, desgraciadamente, no puedo obedecerla.

¿Conque el bastardo, el usurpador, el intruso, el ladrón no es Pedro, sino que lo soy yo? ¿ó siéndolo yo, también lo es mi hermano? En verdad que no hay para encariñarse con la vida ni para dar gracias á Dios por habernos criado.

Mi resolución anterior era matar á Pedro; mi resolución actual, es morir. Sé dónde se encuentra acantonado con su tropa; uno de estos días le ataco de sorpresa y procuro matarle ó que me mate; así acabará ese estado de indecisión que es peor que mil muertes. ¿El bastardo es él? Pues que perezca. ¿Lo soy yo? Pues pereceré. Suyo

ANDRÉS.



CAPÍTULO XXVI

Papeles de Estado.—Correspondencia diplomática

DE DON JOSÉ MARÍA LAFRAGUA Á DON MANUEL PAYNO.

Madrid, 29 de Mayo de 1857.

Señor don Manuel Payno.—México.



Querido don Manuel: Me tiene usted en la capital de las Españas, tras de recorrer más tierras que el Judío errante. Roma, París, Bruselas, La Haya, Madrid, por no mencionar sino las grandes capitales, han visto mis pasos. Casi me parezco á la paloma de Carpio, pues

he cruzado los montes y los ríos,  
los mares tempestuosos y bravíos,  
y llegado hasta el Lago de Sodoma!

Con el clásico me preguntará usted:

*¿Et quod causam fuit Romam tibividendi?*



Usted lo sabe bien; el deseo de arreglar la malhadada cuestión española, que hace tanto tiempo nos trae desvelados y en penas. Como si no tuviéramos bastante con la convención del empeatado Pacheco, vinieron á complicarlo todo los asesinatos de San Vicente y Chiconcagua, y la idea de que esas cosas se deben al bendito general Alvarez.

No sabe usted las dificultades con que caminamos y el exquisito tacto que se necesita para no cometer una trastada y lanzar al diablo la carga de miel.

Desde la Habana tuve noción de lo espinoso de mi encargo. El general Concha me recibió con cariño, me trató con amabilidad; pero no pudo ó no quiso aceptar nada de lo que nosotros creemos cierto y lo es.

La maldita idea de que en México hay un partido antiespañol, que está dispuesto á acabar con los gachupines pacíficos, no se la quita de la cabeza á estas gentes ni Dios en persona.

Imposible sería narrarle á usted mi tristísima odisea. Hablé con el marqués de Pidal, con Ríos Rosas, con tres ó cuatro personajes más, y todos erre que erre en que hemos de indemnizar á España por los asesinatos consabidos, sin aguardar investigación judicial ni trámite ninguno.

Don Antonio Ríos Rosas es un hombre moderado, de gran talento, de inmensa facundia, de suma habilidad

para comprender y dominarlo todo; pero en este asunto no admite concesiones, sino que pide guerra, guerra y más guerra, queriendo tal vez aumentar su popularidad y aparecer como patriota incorruptible. Había oído hablar de mí en términos favorables y deseaba conocerme; estuve á verle en su casa en compañía del bienaventurado Pacheco; me oyó con agrado, rebatió mis argumentos y nos separamos amigos, pero sin habernos entendido, como si yo hablara griego y él alemán. ¡Qué gran lástima!

Aquí nadie nos conoce, ni sabe quién somos, ni tiene idea de nuestra patria. Debe de ser cierto aquello que cuentan del general Almonte, que habiendo ocurrido á una recepción en París, la dueña de la casa le preguntó con toda galantería por qué no había llevado su traje nacional; como el general contestara que el que vestía era el que se usaba en México en las fiestas de la índole de aquella, la señora le dijo con toda seriedad:

— Si me refiero al gran *chimalli* de plumas y al taparrabo que son característicos en su tierra...

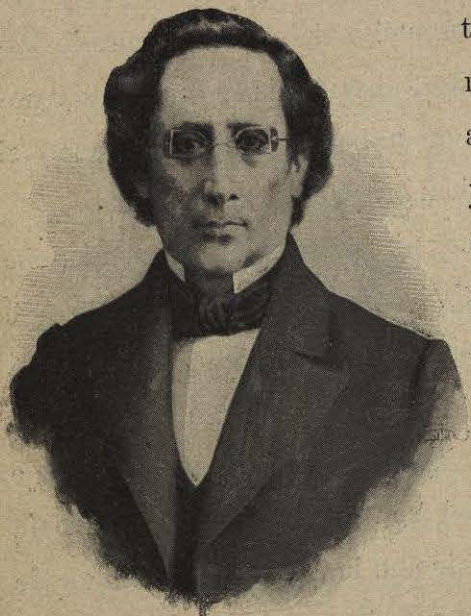
Cuando oye usted por aquí hablar de México, de las gentes de México, de los negocios de México, llega á creer que se trata de algún país que ha visto mencionado en libros de viaje, pero no de su propia tierra.

El buen viejo Alvarez, que no pasa de ser un hombre lleno de candor y de entusiasmo, aparece aquí con las proporciones de un salvaje antropófago, capaz de meren-



darse á media humanidad, y á ese tenor se menciona á Pérez Hernández, á Barreto y Abascal, y ni siquiera se exceptúa á don Benito Haro.

Miguel de los Santos está de capa caída; nadie le ve,



JOSÉ MARÍA LAFRAGUA

ni le busca, ni le visita, temeroso de contaminarse con él y resultar al día siguiente leproso y maldito. Pero él, que se ríe de todas estas exageraciones, me escribió ayer mismo un volante pidiéndome una cita, y el cual papel empezaba:

«El gafo Miguel de los Santos...»

Y concluía:

«De mi leprocería en Madrid, etc., etc.»

En la visita estuvo incisivo, mordaz, epigramático, lleno de gracia y de chiste. Resumiendo la situación me decía:

— No, amigo mío, no lo dude usted, estoy de más por aquí; adolezco de un gravísimo mal, que se llama vergüenza, y no hay médico que lo cure, porque los casos se dan en esta tierra cada cincuenta ó cien años.

Sólo en un instante conocí que dejaba su máscara de escéptico y cogía su faz de hombre, y fué cuando le recordé los ataques de su amigo Pastor Díaz, á quien al parecer ama mucho.

Muy cordialmente saluda á usted, lo mismo que á los demás amigos; yo á ellos y á usted les envío un abrazo muy apretado.

JOSÉ MARÍA LAFRAGUA.

Del mismo al mismo.

Madrid, á 10 de Agosto de 1857.

Mi siempre querido don Manuel: Le escribo ésta para avisarle que hoy ó mañana á más tardar salgo de aquí para Francia, después de convencerme de que no es posible terminar este asunto y de que eché el viaje del vidriero.

El marqués de Pidal sigue en sus trece, yo sigo en mis catorce, y uno y otro estamos incapacitados para entendernos. Ayer insistí por última vez en mis pretensiones, y por última vez me declaró que no había más medio que, ó contemporizar con las demandas españolas, ó ir desde luego á la guerra.

Él abriga la esperanza de un cambio posible de Gobierno en México, y aun me esbozó ayer claramente su



idea; pero se la rebatí haciéndole presente que aunque consideraba fuerte y estable á la administración actual, dado el caso, para mí inverosímil, de un cambio que llevara al Gobierno á un partido amigo de España, y capaz de transigir con todas sus pretensiones, absolutamente nada ganaría el Gobierno español, pues vendría una revolución que arrebataría al bando triunfante momentáneamente, las dos fronteras y los estados de occidente, y que introduciría un desorden tal en todo el resto, que no sería posible tener con quién tratar.

Mucho tengo que contarle de nuestro ídolo, el divino tuerto Bretón, que haciendo á un lado murrias y cansancios de político desengañado y de poeta que no se juzga suficientemente aplaudido, me visitó con amabilidad y cariño que mucho le agradezco.

Dejo de escribirle, porque no quiero que el mozo de cordel que está haciendo mis maletas, piense que alargo de propósito la carta por no salir de Madrid (Véase Juan de Padilla). Quizás tengamos guerra; pero lo cierto es que, después de haber hecho todo lo posible por impedirlo, bien puede ser que nos sirva como derivativo de otras dolencias que se hallan latentes ó han estallado ya. Ante el enemigo extranjero nos uniremos todos,

Y el Señor nos dará compadecido  
La mano y calmará nuestros enojos,

Y á nuestro ruego inclinará su oído  
Y el llanto secará de nuestros ojos,

como dice nuestro Arango.

Vale et me ama,

LAFRAGUA.

De don Manuel Payno á don José María Lafragua.

*Tacubaya, 16 de Noviembre de 1857.*

Mi siempre querido don Pepe: No extrañe que no haya dado oportuna respuesta á sus gratisimas del mes de Agosto; ya sabe que en estos malditos potros de tormento, que se apellidan puestos públicos, el hombre no se pertenece á sí mismo ni pertenece á nadie más que á esa cáfila de gentes hambrientas que se llaman viudas, pensionistas, militares y empleados, que atentan de continuo contra la vida del que vive

A un triste cargo atado,

como dijo quien lo sabía.

Ahora podré corresponderme más frecuentemente con usted, pues hace unos cuantos días dejé el Ministerio de Hacienda, á causa de una terrible inflamación de ojos que me tiene verdaderamente afligido. Ortega dice que blefaritis granulosa; Castaño, que queratitis marginal; otros,



que conjuntivitis: no sé; pero ello es que estoy dado á los malos.

Mi renuncia me ha enajenado la amistad de don Ignacio: nada menos ayer, en respuesta al oficio que envié, recibí otro del señor Fuente, ministro de Relaciones, y junta venía una carta de Comonfort, en que declara terminadas las ligas de amistad y las políticas que nos habían unido. ¡Cómo ha de ser! Usted sabe cuánto quería al jefe, y ésta, que yo reputo inconsecuencia, no ha de alterar en nada la amistad y la admiración que le profeso.

Estoy como niño con zapatos nuevos, aguardando lo que usted escriba de sus impresiones de viaje por esas Europas de Dios.

¡Cuánta doctrina al afluyente labio

le suministrarán esas ciudades asombro del mundo que usted visita ahora! Usted me conoce y sabe bien que, como escritor, soy de lo más desmayado y falto de imaginación que pueda hallarse, y, sin embargo, creo que mis *Impresiones de viaje por Inglaterra y Escocia* es de lo menos malo que ha salido de mi pecadora pluma.

Ya sé que el gabinete español

Miró al soslayo, fuese y no hubo nada;

casi lo siento, pues como usted, creo que una guerra extranjera habría servido para apartar la atención de las

cuestiones de momento y para emplear fructuosamente el afán de *combatividad* que nos llena. Pero á lo hecho pecho, y no hay más que apechugar con lo que venga.

Sabrán usted que Juan José ya no es gobernador. Desde el descubrimiento de la conspiración del Puente de Alvarado, en que hizo barrer las calles á militares antiguos y prestigiados y en que abofeteó públicamente al general Herrán, se recrudeció más y más el desacuerdo entre él y Comonfort.

Aprovechando la elección de Baz para diputado al Congreso de la Unión, le obligó á tomar posesión del puesto, y como no podía seguir con el Gobierno, se propuso nombrar gobernador. Usted sabe el grande aprecio que profeso á Juan José y mi deseo de complacerle; insté al señor Comonfort para que aplazara la medida, le constreñí á tener una entrevista á solas con el gobernador, y me figuré todo concluído. No fué así; la entrevista, á que sólo asistió Guillermo Prieto, sirvió para agriar los ánimos aún más de lo que estaban; Baz se exaltó; el Presidente, con la templanza de siempre, pero con una energía que es rara en él, insistió en su determinación, y aquí tiene usted á los dos hombres declarados enemigos y al partido liberal en completa excisión.

Usted presumirá cuál es la situación de la República; los conservadores extreman su actitud de enojo y disgusto, los liberales comprenden que no pueden gobernar con la



Constitución, y el público que trabaja, que sufre y ve que todos sus sacrificios fueron estériles, se pregunta qué fin van á tener estas cosas, pues en verdad que la cuerda no puede distenderse un momento más.

Dice Guillermo Prieto que los profetas se dividen en mayores y menores, siendo mayores los que aciertan algunas veces, y menores los que no atinan ninguna. Pues bien, merecería yo que usted me llamara profeta mínimo si no se realizara lo que voy á decirle: no pasarán dos meses sin que nos veamos envueltos en una revolución, que por su importancia eclipse á todas las que hemos tenido.

¡Dichoso usted que no padecerá odios ni persecuciones en aquellos países en que ahora vive, y desgraciados nosotros que estamos expuestos á cuanto pueda sobrevenir!

De todo le tendrá al corriente su amigo

M. PAYNO.

Del mismo al mismo.

*Tacubaya, 18 de Noviembre de 1857.*

Mi bien querido don Pepe: Novedad tenemos; mis previsiones se realizan, y parece que antes del plazo que le indicaba en mi anterior, tendremos aquí la gorda bien

armada. Más vale así; al mal paso darle prisa, y si se puede evitar que corra la sangre y se alarme la República, mucho mejor. Pero procedamos con orden, como dije en *El Fistol del Diablo*.

Anteayer estuvo á verme el compadre Ajuria, que sigue como nunca amigo del señor Comonfort; vino con pretexto de informarse de mi salud, y saber la causa por que no se habían pagado unos certificados de Tampico. Ya con el sombrero en la mano (usted sabe que hay gentes que dejan el asunto de la carta para la postdata) me preguntó con aparente despego y como quien dice lo más natural del mundo:

— Y diga, don Manuel, ¿á qué obedece su separación del Ministerio?

Le dí la razón única que había, la de mi enfermedad, y manifestándose incrédulo el viejo marrullero, continuó:

— ¿Pero, en efecto, no hay más que eso? Porque mi compadre lo atribuye todo á malevolencia de usted, y en vez de pensar que esté enfermo de los ojos, se figura que ve usted mejor que nunca.

— Le doy mi palabra que no existe otra causa.

— Pues en ese caso es lamentable que dos tan buenos amigos continúen separados. ¿Qué le parecería tener una conferencia con el Presidente y después una explicación acerca de los sucesos?

— Yo no rehusó explicación con nadie; pero usted



comprende que, siendo el ofendido, porque don Ignacio acabó conmigo sus amistades de golpe y porrazo, no debo buscar el arreglo ni provocar la entrevista.

— No, claro que no; usted no sería quien buscara á

Nacho; él le buscaría á usted, y si me autoriza, me comprometo á traerle á esta casa mañana mismo.

— Esta casa es de mis amigos y está á la orden de usted.

— Bien, don Manuel; pues mañana á las nueve vendrá el Presidente. ¿Le aguardará usted?

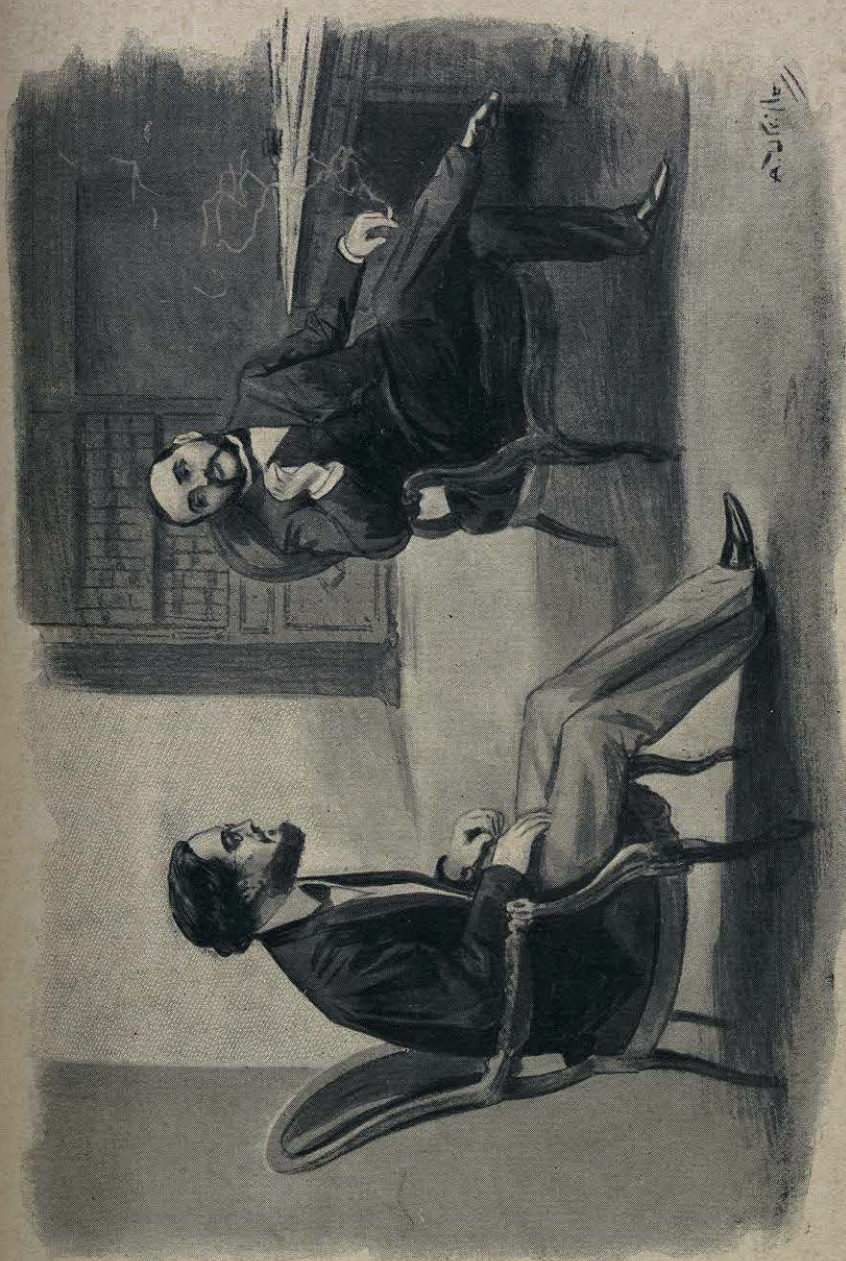
— Sí, señor, le aguardaré.



D. MANUEL PAYNO

Entonces concebí un plan: llamar á Baz, hacer que tomara parte en la entrevista, reconciliarlo con el Presidente y concluir esta situación anómala.

Antes de las nueve paraba en mi casa el coche del señor Comonfort. Salí á la puerta con Juan José, nos saludamos y quedamos en reunirnos en el Palacio arzobispal dentro de pocos minutos.



— ¿Ha probado bien el agua...?